1148

EL ARTE DEL BORDADO

por Angel Rama

Del mismo modo que hubo que esperar el cubismo para que los "feit
ços" africanos devinieran a nuestros ojos formas artísticas, iniciar
así un siglo XX que ha sido en toda la historia el de mayor ampliaci
del concepto de arte, también ha habido que esperar a las artes efí
ras contemporáneas, con su incorporación los materiales deleznables
perecederos, para que el humilde trabajo de unas pobrísimas mujeres
indígenas, con el cual ganan su sustento en los xenclaves marginales
de la cultura americana, asumiera figuración estética. Si la antropo
logía había arrojado una mirada respetuosa sobre esos arrabales, ha
sido el arte moderno el que ha venido a d_ignificarlos, elevándolos
por encima de los estereotipos del folklorismo con que se los venía
juzgando.

Son ellas las bordadoras de Totonicapán, de Chichicastenango, de
Quetzaltenango y de tantas otras "tierras de" guatemaltecas donde so
breviven, sometidas y marginadas, las múltiples culturas del otrora
floreciente conjunto maya. Ellas trabajan sin cesar, de la adolescen
cia a la vejez, lo que dura el rayo del sol y el ojo humano, manejan
colores, formas, hilos, puntadas, telas, diseños, dentro de un siste
artístico tradicional visiblemente rígido que sólo les consiente una
pocas variaciones originales, prácticamente ya codificadas. No son
creadoras, sino trasmisoras: en el panel humano su función es la de
transportar, de generación en generación, un saber muy antiguo, mu p
pio de los servidores esclavos y no importa que ellas desciendan de
princesas, porque ahora son esclavas, Agamenón las ha condenado a la

tareas del telar, lejos de sus hogares, al servicio de otras mujere
y también les ha prohibido ejercer toda creatividad. Buenas para la
cocina, para el lecho y para el telar, en todos esos sitios repetir
gestos, es decir, formas, que les han consentido sus señores desde
las conquista porque son formas que, así lo entendieron ellos, cons
lidan la sumisión.

Pero conviene ubicar mejor estos productos de las bordadoras gua
malteces. No son las telas de Paracas que conservadas durante siglo
en las tumban permiten medir, desde las salas de l Museo de Lima, l
impetuosa creación artística de una época del Incanato desplegándos
con gozosa autonomía; no son, tampoco, las artesanías mexicanas que
sólo de nombre pertenecen al dominio folklórico ya que vienen sie n
animadas desde hace décadas por la inserción de diseñadores origina
les, modernos, que han renovado los aportes tradicionale_s, acomoda
al gusto presente su sensibilidad para el color, desarrollado las p
sibilidades formales que estaban contenidas en sus órdenes fosiliza
dos y, por último, inventado libremente a la manera de los producto
tradicionales hasta sustituirlos. En un caso y otro, cada uno en su
nivel y manera, se ha cumplido una creación que, por ser tal, resul
testimonio seguro del margen de libertad en que operaron los autore
De otro modo, como estas bordadoras, sólo habrían repetido y combir
modelos pre-existentes, custodiando así un arte cristalizado, un ar
sino muerto, al menos en hibernación.

Esto hace el fondo de mis pensamientos mientras presencio un ins
to desfile de modas que organiza en su casa uno de los artistas jóv
nes de Guatemala, dibujante excepcional y autor de un curiosísimo l
bro de dibujos historiados titulado "El canto del tecolote": Arnold
Ramírez Anaya. El y su mujer han ido coleccionando huipiles, camisa

trajes bordados, en una paciente revisación del país, pueblo a pueblo y a medida que los muestran van individualizándolos, como se haría en una exposición de cuadros anónimos, por las escuelas pictóricas a que pertenecen: escuela de Santa Cruz del Quichó, escuela de San Andrés Zapotitlán, escuela de Santiago Chimaltenango. Han invertido todos sus recursos para comprar telas bordadas: porque son bellas, porque son auténticas, porque los seducen como inspirados cuadros. Y así están presentando cada una a un modelo particular, siendo por lo tanto cada una distinta de la otra y estando desgajadas de la serie repetitiva que se hayan inscritas, establecen una galería deslumbrante. Como resultaría deslumbrante para quien contemplara por primera vez una exposición de cuadros renacentistas donde hubiera un ejemplo de la escuela veneciana, otro de la escuela s_ienesa, etc. aunque ninguno de ellos fuera un Carpaccio o un Simone Martini. Son las condiciones subyacentes de la creación artística las que estas obras conservan, los órdenes basamentales sobre los que se apoya la invención, las líneas rectoras de lo que concluimos por llamar un estilo.

Arnald Ramírez Anaya es un dibujante moderno y original, totalmente ajeno al folklorismo. Por lo tanto su admiración por estas labores perecederas corresponde a una pura apreciación estética, aunque también, visto el arte de denuncia que él practica, a un intento de recuperación de las raíces de la comunidad social, a un esfuerzo de reintegración de una sociedad brutalmente dividida entre señores y servidores: la única de América donde se define hoy a los dominadores con el sustantivo "ladinos". Esta recuperación que no se hace "usando" al indígena como objeto temático, sino mediante la dignificación estética de su trabajo manual, se produce en momentos en que el complejo

indígena-criollo que había establecido estos valores manteniéndolos durante siglos, avanza hacia una segunda perversión enajenante, al corporarse a la demanda otro dominador reciente: el norteamericano. Mantos, vestidos, huipiles, tranzados con hilos dorados, llenan los negocios turísticos de Ciudad de Guatemala para que los norteamericanos lleven a sus hogares, como ejemplos folklóricos, las formas y colores que fueron tejidas sólo para ellos, de acuerdo a sus gustos y bien instaladas factorías comerciales. La integración parece urgente y casi propuesta como una defensa ante la falsificación que va registrando a l arte del bordado, simple testigo aquí de otras falsificaciones culturales.

En esta atención de un artista joven por un material desdeñado, el inicio de un "majismo" del que si todavía no se ha enterado la duquesa de Alba es ya muy consciente el Sr. Goya. Porque cuando se sale a la ciudad, se cruza la plaza mayor, se recorre el mercado, se descubre con azoro que las princesas van vestidas muy limpiamente de criadas y las criadas muy suciamente van vestidas de princesas. Pues mientras las señoras obedecen a los cánones de la racionalidad europeizada que establece el modelo único y el colorido neutro o mortecino que rige los valores de una clase alta, las segundas, no por obedecer al tropicalismo ni a ~~xxxxxxxxxx~~ una cultura indígena, sino simplemente por ser pueblo, se entregan a las condiciones multicoloreadas de la sensibilidad, a la gozosa libertad para el manejo del color y a las diferentes acepciones que éste tiene dentro de una visión del mundo real.

Esta revalorización es casi una revancha de los vencidos. Porque descubrir como arte estas copias toma contacto con valores en estado de hibernación, custodiados celosamente a la espera del momento a n

que volvieran a sustentar creaciones plenas, se reconoce su potenci
lidad reprimida y automáticamente se propicie el proceso que conduz
al plano más ~~xxx~~ alto del arte, cosa que sólo será posible por el
ascenso a la libertad de estas sometidas esclavas bordadoras.